

ciones que aunque lícitas, pueden sin embargo servir para abrirles los ojos ántes de tiempo. No se debe por lo mismo conversar en su presencia sobre ciertos desórdenes que si por su publicidad pueden ser materia de conversacion entre personas grandes, sin embargo, para los niños será muy nocivo saberlos. Por tanto, no deberán permitirse delante de ellos, conversaciones ni de amoríos ó galanteos, aunque sea solo refiriendo lo que se sabe de otras personas; ni de partos; ni de casamientos; ni de amasiatos, aunque sean más públicos que la luz del dia, y así de otras cosas cuya noticia, ó aun su simple enunciacion sean capaces de excitar la curiosidad infantil. El descuido absoluto acerca de esta precaucion, descuido que ahora reina casi generalmente en las familias, salvas pocas excepciones, anticipa en los niños la malicia, á tiempo en que todavia es necesario para su moralidad en el porvenir, mantenerlos en esa inocencia absoluta, en esa feliz ignorancia de la niñez, mientras que con la educacion y la edad, madura en ellos la reflexion, de manera que cuando lleguen á conocer el mal, estén ya en su entendimiento y voluntad, en aptitud de resistirlo y contrariarlo.

*Séptima.* Tener mucha eficacia los padres para infundir en el espíritu de sus hijos desde la primera edad, y mantener vivo por medio de la reprension y correccion, el respeto reverencial hácia sus mismos padres y sus mayores, cuidando de nunca manifestarles su amor y su ternura de modo que raye en familiaridad y consentimiento. El niño ó la niña mimados y consentidos, casi nunca se corrigen cuando son grandes de los graves y á veces muy trascendentales defectos á que en virtud de ese consentimiento se les dejó acostumbrar desde su edad primera. De algun tiempo á esta parte se ha hecho como una moda, que los niños traten de tú á sus padres, tíos y abuelos; y que esto contribuye más de lo que se piensa, á fomentar y fortificar la propension como innata en los niños, á molestar, irritarse y aun sublevarse, contra todo lo que en el orden doméstico lleva el carácter de autoridad ó superioridad; y como bajo de tales impresiones llegan á ser jóvenes, en el colegio no son otra cosa que muchachos díscolos; y cuando salen al mundo, las revoluciones encuentran siempre en ellos materia dispuesta, acostumbrados como están ya á ver de reojo y con positiva prevencion á todo el que manda. No insistunos tanto, en que quede desde luego abolido ese repugnante *tuteamiento*; porque en las familias en que esto se ha hecho casi tradicional, la cosa es muy difícil; pero si llamamos seria y fuertemente la atencion de los padres, hácia la necesidad de que hagan comprender á los niños por medio de la constante vigilancia é indispensable correccion, que ese *tuteamiento* para con sus padres,

tíos y abuelos, no es del mismo género que el que usan para con sus hermanos y sus iguales, temiéndoles siempre á raya con el castigo cuantas veces aparezca en ellos próxima ó remotamente la pretension como de igualarse con sus padres ó mayores, queriendo tener y tomar parte en las conversaciones de las gentes grandes, ó de otros modos no ménos chocantes ante las personas bien educadas.

*Octava.* Como los niños cometen de suyo á cada paso innumerables faltas, preciso es que sus padres sepan discernir entre ellas las que deben corregirse suavemente por la sola reprension y las que es preciso reprimir, sin usar nunca de disimulo ó indulgencia, como son las que provienen del orgullo, de la indocilidad, de la obstinacion, de la ira, de la pereza, de la costumbre de mentir y de la de apropiarse ocultamente lo que les gusta, aunque sean vagatelas. Para que se enmienden de este género de faltas, no basta la simple reprension, sino que es necesario recurrir al castigo, mortificándolos con privarlos de algunas recreaciones, con encerrarlos por algunas horas en un aposento, con negarles del todo alguna cosa por la que muestren más gusto ó interes; y si nada de esto es eficaz para corregirlos, apelar á los azotes ú otro castigo igualmente fuerte, teniendo siempre presente lo que el mismo Dios nos dice en las Sagradas Escrituras, á saber: *Aplica al niño la vara del castigo y librarás su alma del infierno*: porque si hay disimulo ó indulgencia de parte de los padres para semejantes faltas, los niños se acostumbrarán á cometerlas, y aunque sean ya jóvenes ú hombres, esas costumbres se convertiran en otros tantos vicios que los harán el oprobio de sus familias, con gravísimo daño de sus propias almas; puesto que, palabra tambien es de Dios (8) la siguiente sentencia; *La senda por la cual comenzó el joven á andar desde el principio, esa misma seguirá tambien cuando viejo.*

*Novena.* Cuando llega ya el tiempo de enviarlos á la escuela, escoger para esto preceptorés de buenas y cristianas costumbres, y empeñosos en los adelantos de la niñez: no indisponerse con ellos porque reprendan, mortifique y aun castiguen á los niños; porque todo esto es necesario en un buen preceptor, que comprenda sus deberes y esté á la altura de ellos. Sacar á los niños de una escuela, porque en ella se les reprende, mortifica ó castiga, sin que en nada de esto haya evidente y notorio exceso, es ahora un abuso demasiado general: pero no porque lo sea, puede en verdad el obispo desentenderse de él, sin llamar fuertemente la atencion hácia una conducta tan indigna de pa-

(8) Prov. c. 22, v. 6.

catolicismo: un país cuya sociedad no tiene otras bases ni otras condiciones de ser, que las que hace tres siglos y medio sentó y cimentó felizmente la Iglesia. ¿En qué tiempo? Cuando desatado en todo el mundo el terrible huracán de la revolución anticristiana, arrancaría de cuajo y barrería, si esto fuera posible, de que sobre la tierra, todas las instituciones cristianas, toda enseñanza católica, todas las ideas religiosas y saludables depositadas en el seno de la humanidad en casi dos mil años de cristianismo. ¿En qué tiempo? Cuando las leyes del país en que vivimos favorecen abiertamente los conatos de esa revolución anticristiana: cuando cada día se avanza más y más en la ejecución del nefando proyecto de desterrar de la enseñanza toda idea inspirada por la única Religión verdadera: cuando la impiedad hace ya, particularmente en la capital del país, los más públicos y solemnes alardes de su triunfo con sus apoteosis de hombres que fueron declaradamente ateos y precisamente por haberlo sido. Tal es la época en que dirigimos esta nuestra palabra á las familias, por misericordia de Dios todavía católicas de nuestra Diócesis. Cualquiera otro remedio que no sea un supremo esfuerzo en favor de la educación verdaderamente católica de la niñez y de la juventud, es humanamente inútil é ineficaz; y he aquí la razón de esta carta pastoral, en que para cumplir el especial encargo del supremo vicario en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo, y en fuerza igualmente de nuestros deberes, llamamos la atención de los padres de familia hácia un mal, en que solo ellos pueden poner remedio, si escuchan con docilidad las enseñanzas de la religión que profesan, y que con vuestras palabras hemos querido recordarles.

¿Caerá en vano esta semilla en los corazones cristianos de los padres y madres, á quienes nos dirigimos? Temblamos al pensar que así suceda; porque sino se obra, y pronto, la reforma y la enmienda en este particular de la educación de la niñez y de la juventud, la fé desaparecerá de entre nosotros, no en verdad porque haya de desaparecer de sobre la tierra, pues que, en cuanto á esto son formales y precisas las promesas Divinas, ante las que ninguna fuerza humana ó infernal podrá nunca prevalecer; sino para ir á iluminar y verificar con la luz y su calor otras naciones y otros pueblos ménos indignos que nosotros de sus celestiales influencias. ¿Os conformais, padres católicos y madres piadosas, con tan terrible expectativa? ¡Oh! No lo creemos ciertamente porque os conocemos. Hay entre vosotros en verdad muchos tibios, muchos descuidados, muchos negligentes; pero aún conservais todos intacta vuestra fé. Esta fé os salvará, carísimos hijos en Jesucristo. Esta fé hará reinar el orden en vuestras casas, si le prestais vuestra verdadera coo-

peración. Esta fé, si le sois fieles, hará todavía más; salvará al país por medio de vosotros, y solo por medio de vosotros; porque el mal sobre que os requerimos solo vosotros podeis curarlo. Edúquense la niñez y la juventud de un modo verdaderamente cristiano; y dentro de pocos años, ni tendremos que lamentar la imprudencia y el cinismo actuales de la impiedad: ni vosotros al bajar al sepulcro llevaréis el desconuelo de dejar expuestos vuestros hijos al más grave y espantoso de todos los peligros. Si no haceis en las actuales circunstancias ese extraordinario esfuerzo que ahora os pedimos, para preservar á vuestros hijos de los estragos de la impiedad, entónces todo se habrá perdido. Ellos continuarán volviéndose descreídos é impíos: el escepticismo y la irreligion ganarán cada día mayor terreno: el cáncer avanzará con más prontitud y violencia que hasta aquí; y dentro de muy pocos años, tal vez ántes de que Nos vuestro obispo y vosotros mismos nuestros amados diocesanos, bajemos al sepulcro, la fé habrá desaparecido de este ingrato y desgraciado país, teniendo vosotros padres y madres negligentes y descuidados para con vuestros hijos, que responder ante el Supremo Juez de vivos y muertos, de esa última catástrofe de la patria, que en vuestro arbitrio estuvo impedir ó alejar, aplicandoos al cumplimiento de los más sagrados deberes que habiais contraído desde que fuisteis padres.

Con la paternidad y maternidad que os ha investido por el mismo Dios de una autoridad augusta, de una autoridad eminente y sagrada, que en vuestra mano está conservar intacta é ilesa, haciendo de ella el uso que la religión nos prescribe; ó bien prosuitirla y arrastrarla en el fango, si en su ejercicio os inspirais no por la palabra indeficiente y eterna de ese Dios infinitamente grande, poderoso y bueno que os hizo padres, sino por la moda, ó el espíritu de la época, de que la impiedad se vale para haceros olvidar vuestros altos y más sagrados deberes. En el primer caso, despues de ceñir aquí en la tierra una corona de verdadera gloria, que el mundo mismo en medio de sus criminales delirios y locuras, se ve forzado á respetar, vuestras almas serán inundadas de goces inefables más allá del sepulcro y para siempre. En el segundo, despues de ser aquí abajo el estropajo y el ludibrio de vuestros perversos hijos, y objeto de desden y ménosprecio para todos los que estén al tanto de vuestra real y positiva imbecilidad, medio encubierta tal vez con falsos oropeles, llegará al fin un día en que cayendo vuestras almas en manos de una justicia ya entónces inexorable, habreis de pagar si no volveis aquí sobre vuestros pasos, con una miseria é infelicidad eternas, esa pequeñez de espíritu, esa insensatez é imbecilidad presentes, con que abdicando la altísima y augusta au-

toridad de que estais investidos, la envileceis y deshonrais, no solo á los ojos de la Religion que siempre ve las cosas como son en sí, sino aun á los de la misma impiedad, la cual rie y se burla grandemente de vosotros, cuando al arrastraros á su *Babilonia* por medio de la entrega que le haceis de vuestros hijos, os ve afanados todavía en mantener siquiera un pié dentro de la *Jerusalen* del catolicismo.

Que este afan, amados hijos en Jesucristo, sea veraz y sincero; pero no pretendiendo como hasta aquí estar al mismo tiempo en *Babilonia* y en *Jerusalen*, porque semejante bilocacion es una quimera; sino aceptando en su espíritu y en su letra la enseñanza de la Iglesia, de la que sois hijos por el Bautismo, y á la que amais en el fondo de vuestro corazón. No puede haber alianza alguna entre Jesucristo y Belial. O se pertenece por entero en espíritu y de corazón á Jesucristo, no obstante que desgraciadamente se le ofende todos los dias con otros mil géneros de pecados; ó se deja de pertenecerle, desde que por el pecado de infidelidad, no solo se falta al cumplimiento de sus preceptos, sino que se desconfía de su palabra, dando crédito á la de su enemigo. De este género es la enorme culpa de los padres, que confian á sabiendas la educacion de sus hijos á *colegios* y establecimientos de enseñanza anticristiana, ó á profesores impíos y descreídos; á este género tambien corresponde la que se comete en no preservar á los hijos de la compañía de gentes irreligiosas ni de lecturas heréticas ó impías; y á este género por último se acerca, la de los padres y madres, que no ignorando la necesidad de una educacion verdadera y sólidamente cristiana en el hogar doméstico, para que los hijos no pierdan su fé cuando crecen; por pereza, por falta de paciencia, ó por espíritu de *moda*, se desentienden en todo, ó en parte de cumplir tan sagrado deber, dejando á sus hijos expuestos á ser casi siempre segura presa de la irreligion y de la impiedad que los asechan.

Vosotros amais la Religion; de esto nos consta; pero si ese amor no se prueba y manifiesta con una mayor, constante y decidida aplicacion al cumplimiento de los deberes que esa misma Religion os impone respecto de vuestros hijos: de nada servirá que hagais alarde de él, maldiciendo á todas horas la impiedad que todo lo invade, y que por la fuerza trata de imponerse. Menos palabras, y más hechos, amados hijos en Jesucristo: pero hechos no del género de aquellos, á que algunos de vosotros propendeis; no hechos del partidario ó revolucionario, que la misma Religion reprueba y condena; sino hechos del hombre formal y seriamente religioso, que obra en silencio pero con constancia, en reformar y enderezar en el sentido católi-

co su casa y familia, haciendo con esto á la impiedad una guerra mil veces más eficaz, que la que algunos creen hacerle, victoreando á la Religion en calles y plazas.

Para esto, y precisamente para esto, ha sido la actual visita de la Santísima Virgen á esta ciudad, en su popular y querida Imágen del Pueblito. La numerosísima concurrencia de los fieles á las iglesias en que se celebran los solemnes novenarios, presididos por tan sagrada y venerada Imágen, durante el presente jubileo, no ménos que la afluencia igualmente numerosa á los templos designados para las visitas del mismo jubileo, nos llenan de esperanza y de consuelo. Visibles y palpables son ciertamente la sinceridad de fé y el fervor que se notan en esas grandes agrupaciones de los fieles, para honrar é invocar á tan amante, poderosa y tierna Madre; y para ganar y aprovechar la indulgencia plenísima concedida por nuestro santísimo padre el Sumo Pontífice.

Pero oídos, escuchad ántes, muy queridos hijos nuestros, la palabra de vuestro anciano é indigno obispo. El pensamiento que nos ha guiado al traer á esta ciudad, esa Sagrada Imágen, dulce imán de nuestros corazones, no es otro, que el que os expusimos de palabra en nuestra santa iglesia catedral, al principio del actual jubileo, y el mismo que expresa la saluacion con que dimos principio á esta nuestra carta pastoral: esto es que la Santísima Virgen, Madre del Sano Temor, de las Ciencias de la Salud y de la Santa Esperanza, os alcance, os traiga y os inculque esa inteligencia católica, ese cristiano consejo, de que tanto habeis menester, particularmente vosotros los padres y madres de familia en las actuales circunstancias. Muévenos á esto, no solo la necesidad de preservar á vuestros hijos de los amañes, los halagos y los peligros de la impiedad reinante, lo que ciertamente es el motivo principal; sino tambien el palpar ya los síntomas, de que la fé trata de desaparecer de entre nosotros, merced á nuestros extravíos: porque no se os oculta, amados nuestros, que para la conservacion de esta preciosa semilla en la conducta ordinaria de Dios, es necesario é indispensable el sacerdocio, y habeis de saber, para vuestro gobierno, que los sacerdotes de la Diócesis han quedado reducidos por la guadaña de la muerte al miserable é insignificante número de ochenta y dos, cuya tercera parte está del todo, ó casi del todo inutilizada por las enfermedades. ¿Qué viene á ser tan reducido número de ministros, para una Diócesis, que cuenta más de doscientos mil fieles, en una extension de casi mil trescientas leguas cuadradas, cuyas dos terceras partes son de sierra, y sierra escabrosa? Las sagradas filas del verdadero sacerdocio se van pues aclarando de dia en dia por la muerte, y en-

tre tanto, igualmente escacean más y más las vocaciones para el santo ministerio, teniendo de esto en gran parte la culpa, no tanto las circunstancias críticas porque ahora pasa la Iglesia, sino el olvido de los padres de familia, de las antiguas y saludables reglas, que generalmente se seguían en la educación de los hijos.

A esto en verdad se debe, que sean ya muy pocos los jóvenes algo acostumbrados al vencimiento de las propias pasiones, que posean la abnegación necesaria al efecto, y á quienes se haya hecho gustar en buena hora de esas dulzuras de la verdadera devoción y de la piedad, que son como el cimiento de la vocación sacerdotal. Porque ¿en donde encontrar esos jóvenes de alguna inteligencia, mortificados, humildes, y que tengan ya tal cual ejercicio en el vencimiento de las pasiones y del propio albedrío, cuando la base general de la educación en el seno de la mayor parte de las familias, aun católicas, es dejar á los niños y jovencitos á su propia voluntad, sin contrariarla, ó quebrantarla seriamente, como efecto de todo un saludable sistema seguido en su educación, mortificando con frecuencia su amor propio, y acostumbrándolos al respeto y obediencia? ¡Ah, queridos hijos en el Señor! fuerza es que dentro de pocos años os quedeis sin sacerdotes, si no retrocedéis, y si no adoptais ese sistema verdaderamente cristiano y católico en la crianza y educación de vuestros hijos: porque la conciencia del obispo se resiste y con razón, á cometer en el ejercicio de la más augusta de sus altas funciones pontificales, el enorme prevaricato de imponer las manos á jóvenes, de quienes no puede tener racionalmente fundada probabilidad, sobre que habrán de ser ministros dignos de la Iglesia.

De vosotros, pues, padres y madres, depende en lo humano, bajo todos aspectos, la conservación de la fé en nuestro desgraciado suelo.

¿Y aun continuaréis por esa fatal senda, perdiendo para siempre á vuestros hijos y perdiendoos también vosotros con ellos, para toda la eternidad? Mirad que lo que como vuestro Pastor pretendemos de vosotros, no es en modo alguno sobre vuestras fuerzas. Prolijo y constante cuidado desde la cuna y durante la niñez, para que vuestros hijos no pierdan su inocencia ántes de tiempo; para que cuando sus almas son todavía como una blanda cera, imprimáis en ellas hondamente el gusto y el sabor de la devoción y de la piedad; para reprimir sus caprichos, acostumbrándolos en buena hora al quebrantamiento de la propia voluntad; para no fomentarles el orgullo, aplaudiendo vosotros y haciendo que aplaudan vuestros amigos en su presencia sus primeros adelantos, que bien podeis alentar de otra manera

por medio de pequeños premios ú otros estímulos, sin dar lugar á que la lisonja venga á despertar en su espíritu el precio exagerado de su propio valor: puesto que esta pasión del orgullo es una de las más explotadas por la impiedad, en su infame tarea de perder á la juventud: para alejar de su vista y de sus oídos cuanto tiende á pervertirlos, vigilando con asiduidad sobre sus compañías, y teniéndolos saludablemente ocupados en el estudio y aprendizaje de cosas de provecho: para darles vosotros mejor ejemplo, particularmente los padres; y procurarles buenos maestros en las primeras letras, sin incomodaros porque los mortifiquen y castiguen, sosteniendo en todo trance con vuestra autoridad la de sus preceptores, y haciendo de modo, que aun en los casos de notorio, evidente é incorregible exceso de éstos, los niños no conozcan que los sacáis de aquella escuela por ese motivo, sino que entiendan que de ella se les retira, ó por la distancia, ó por no convenirles la compañía de otros niños díscolos que en ella concurren, ó por la mayor cuota que en ella teneis que pagar, ú otros motivos semejantes: para alejarlos á todo trance; cuando ya ha terminado su instrucción primaria, de los colegios ó establecimientos en que no se cuenta para nada con la Religión, ó en que positivamente se la mira con desden y desprecio: para no ponerlos jamás bajo la dirección de profesores descreídos ó impíos: para impedir que estudien en obras ó en libros anticristianos; y para poner en sus manos con discreción otros libros y otras obras, que en nada dañan y perjudican á la fé católica en que desde niños los habeis educado, y que ciertamente es el más grande, precioso y riquísimo patrimonio, que habeis de tratar de dejarles asegurado para después de vuestra muerte. He aquí, otra vez, en breve compendio, cuanto os pedimos.

Dígnese la Santísima Virgen, á quien actualmente con tanta devoción honrais é invocais en su querida imagen del Pueblito, alcanzaros del Señor la gracia de docilitaros á esta nuestra palabra, y la de que la confesión que muchos de vosotros habeis hecho en el presente jubileo, sea verdaderamente saludable para vuestras almas, datando de ella el principio de una nueva vida, en que entré de preferencia al fiel y constante cumplimiento de nuestros más estrechos y sagrados deberes de padres cristianos, á fin de que vuestros hijos, no siendo como hasta aquí lo son para muchos, un padron de oprobio y de ignominia, cifran por el contrario vuestras sienes, por medio de su fidelidad y cristiano porte con esa corona inmarcesible de honra y de gloria, con que Dios premia aun desde este mundo, á los padres verdaderamente aplicados al cumplimiento de sus deberes, para admitirlos después, y cuando sea tiempo, á la partici-

pacion de aquella inefable felicidad, *preparada para los que le temen*, que ni el ojo vió, ni el oído oyó; y que de lo más íntimo de su corazón os desea vuestro indigno obispo, bendiciendoos fervientemente en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.

La presente Pastoral será leída en todas las iglesias de esta ciudad y S. Juan del Rio, así como en todas las parroquias y vicarías de la Diócesis, en los dos domingos ó dias festivos más inmediatos á su recepcion: siendo la primera lectura desde el principio hasta el párrafo *exclusive*, que comienza con las palabras, *Mas como Su Santidad*; y la segunda desde dicho párrafo *inclusive* hasta el fin. Se fijará tambien en pliego tendido en las puertas de todos los templos por el interior.

Dada en nuestra casa Episcopal de Querétaro, á los 5 dias del mes de Agosto de mil ochocientos setenta y nueve. —*Ramon*, obispo de Querétaro. — Por mandato de S. S. L., *Mateo Borja y Torres*, oficial mayor.

EJERCICIOS ESPIRITUALES.

*Carta pastoral, en la que el Ilmo. Sr. D. Francisco Javier de Lizana y Beaumont, Arzobispo de México, del consejo de S. M. &c.*

Instituye á sus súbditos sobre los desengaños y frutos que han debido sacar de los ejercicios espirituales que acaban de practicar.

*Nos D. Erancisco Javier de Lizana y Beaumont, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, arzobispo de México, del consejo de S. M. &c.*

*A todos los feles que desean perseverar en los buenos propósitos de salvarse.*

Carísimos hermanos: ¡Qué alegría tan pura, y qué gozo tan completo ha llenado nuestro corazón al veros congregados en la casa del Señor para oír su voz! Ya os podemos llamar dichosos con el Espíritu Santo (1), porque con el auxilio de Dios habéis dispuesto en vuestro corazón los grados para subir desde este valle de lágrimas hasta el templo y lugar santo de la gloria. No dudamos que para ello habéis arreglado vuestra vida según la voluntad divina; y ejercitando la fé, humildad, compuncion, esperanza, caridad, paciencia, mortificacion y demás virtudes, sois ya el objeto de las delicias de vuestro Criador.

El corresponder con fidelidad á las gracias que os habrá comunicado en el santo retiro, y el cuidado que debéis tener para

(1) Psalm. 83, v. 6.

conservar sus frutos, han de ser ahora vuestra ocupacion. No podremos declarar todos los medios para conseguir tan grande felicidad, ni aun detenernos en los que vamos á presentar á vuestra consideracion, y que os rogamos miréis con el respeto que merecen para conseguir los saludables efectos y preciosos frutos de los ejercicios espirituales. El propio conocimiento, el amor de la virtud, y la preparacion á una buena muerte, son el gran designio de esta nuestra segunda instruccion, que os dirigimos con el fin de que no seáis del número de aquellos infelices, á quienes el Salvador excluye del reino de los cielos, porque despues de haber puesto la mano en el arado, esto es, habiendo emprendido el camino de la virtud, se vuelven atras.

El conocimiento de nosotros mismos, no solo es el fundamento de todas las virtudes, sino que las más heróicas desaparecen cuando aquel falta. Tanto es la relacion que el conocimiento propio tiene con el de Dios, que si nos conocemos, conoceremos al Señor, y si nos ignoramos, le ignoraremos, como asegura S. Agustin (2) hablando con su Dios: *Conóceme á mí, y te conoceré á tí.*

Este conocimiento propio no es otra cosa que comprender lo que somos, y el fin para que fuimos criados, conociendo los medios para conseguir este fin; entender las inclinaciones y pasiones que nos apartan de él, y discernir los pecados con que merecimos perderlo. Así decia S. Bernardo á su discípulo el Papa Eugenio (3): *Aunque conozcas todos los misterios, comprendas todas las cosas de la tierra; si te ignoras á tí mismo, eres semejante al que edifica sin cimiento una casa. Cuanto hagas fuera de tí, será como la tierra que la lleva el viento. No es sábio el que no lo es para sí; y el que así lo fuere, beberá el primerero de la fuente de su pozo.* ¡Quién duda que si nos midiéramos con la medida que medimos á los otros, nuestra misma razon sería un continuo desengaño para conocernos, viendo en nosotros mucho más de malo que lo que vituperamos en los demás? Esta leccion bien la habremos entendido en las luces que el Espíritu Santo nos ha dado en los dias del retiro; pero acaso no la habremos querido entender.

¿Y en qué se funda nuestra ignorancia? ¿Qué motivo puede hallar nuestra vanidad? No hay otro que el amor propio y ceguedad voluntaria, inseparables de la necedad y pobreza del entendimiento; porque lejos de podernos ensoberbecer, hallaremos muchos motivos de humillarnos, si tratamos de conocernos. Nuestro origen es la nada; la concepcion en pecado; el naci-

(2) In Lib. Confes.

(3) Lib. 2 de Consid. cap. 3.

eres y madres que profesan la verdadera fé, y quienes como católicos debieran comprender perfectamente, que si Dios los ha hecho padres, no es en verdad para que solo cuiden del bienestar físico de sus hijos, sino primera y principalmente, para que de ellos formen otros tantos dignos hijos de la Iglesia aquí en la tierra, que en algun dia lleguen á ser ciudadanos del cielo: no para que les excusen aquí abajo toda clase de sufrimientos y molestias, sino al contrario, para que por medio de esas penas, hagan de ellos hombres y mugeres racionales y cristianamente capaces del ejercicio de las virtudes: no para que atiendan á sus antojos y caprichos, sino para que acostumbándolos al quebrantamiento de la propia voluntad, les infundan y enseñen la abnegacion de que tanto han menester, sea cual fuere la suerte que les depare la Providencia.

*Décima.* Una vez que los niños estén ya en la escuela, no fiar en esto los padres, para descuidar de allí en adelante la enseñanza doméstica de la doctrina cristiana, sino siempre tomarse algun trabajo para estar al tanto de que los niños no la olvidan, por el estudio de los otros ramos de instruccion primaria á que en la escuela se les dedica. Tener además sumo cuidado para que en la misma escuela no contraigan amistades estrechas con otros niños mal inclinados; y por último, exigirles que en la casa estudien las lecciones que en la escuela recibieron, acostumbrándolos aun por medio de algun rigor, á que estén constantemente bien ocupados, con excepcion de una ó dos horas, en que se les permita jugar y divertirse, no dejándolos solos en tales juegos, sino estando siempre al tanto de los padres, de que los juegos en que se entretienen no tienen nada de inmoral ó de peligroso.

*Undécima.* Preparar en buena hora á los niños, es decir, á sus siete años, y con esmero y detenimiento, para su primera confesion y primera comunión. Es indecible cuanto contribuyen para la regularidad de costumbres en todo el resto de la vida, estos dos actos tan importantes, cuando se ejecutan del modo debido, despues que los niños, merced á la asiduidad y á los cuidados de una buena madre, llegan á comprender bien, así las disposiciones con que se debe acercar el cristiano á estos santos sacramentos, como la eficacia de ellos para la santificacion de las almas.

He aquí, en brevísimo compendio, las reglas á que deben ajustarse los padres de familia, para la buena y cristiana educacion de sus hijos, desde la primera edad.

¡Pero se siguen, carísimos hijos en Jesucristo, esta norma y esta forma, en la mayor parte de vuestras casas? ¡Ah! preciso es decirlo con dolor; por más que vuestro amor propio se resienta,

de lo que como vuestro obispo vamos á advertir en medio de la amargura de nuestro corazon.

La mayor parte de los padres de familia todavía católicos, han echado completamente en olvido, así las reglas que acabamos de compendiar, como los principios ciertos y seguros de que proceden. Con excepcion de unas cuantas familias, muy contadas por cierto, todas las demás, no obstante llamarse católicas, han doblado la rodilla ante *el ídolo de Baal*, es decir, ante ese espíritu del mundo en el siglo presente, que sin más exámen ni motivo, que porque son de nuestros mayores, desprecia y desdeña las costumbres tradicionales, conforme á las que fueron educadas todavía muchos de los padres y jefes de familia que aun existen. Olvidando enteramente el dogma católico, segun el cual, el hombre, aunque criado en el estado de inocencia y de justicia original, que hacia para él enteramente natural y fácil el ejercicio de la virtud, á poco cayó por su falta en el estado de la más espantosa degradacion y miseria, al grado de que lo que ántes le era como natural y espontáneo, fué ya para él sumamente difícil, y aun contra lo natural, porque como dice S. Agustín, el vicio llegó á ser entónces para el hombre como una segunda naturaleza *Vitium pro natura inolevit*: desconociendo decimos, la mayoría de los padres de familia de la presente época, esta verdad capital, creen ó se figuran creer, que los niños son naturalmente inclinados á lo bueno en materia de moral y de virtud, y por tanto se sublevan y se irritan contra la idea de educar y formar á sus hijos virtuosos, empleando para ello cuando así conviene la correccion y el castigo, como si aquello pudiera conseguirse siempre por los halagos ú otros medios suaves, con que se pretende sustituir en todos casos cuanto reviste la forma de algun rigor. ¡Principio falso, carísimos hijos en Jesucristo! ¡Principio reprobado y condenado en los rudimentos mismos de nuestra Fé! ¡Principio enteramente impío, y que nadie puede profesar siendo católico, por contrariar abiertamente cuanto la fé nos enseña acerca de la caída original y de sus consecuencias para la humanidad!

De tan erróneo y anticristiano origen, deriva para la sociedad actual todo un sistema, ó un conjunto de procedimientos, en flagrante y abierta contradiccion con los procedimientos de nuestros padres, acerca de la educacion de los niños en esa primera edad. Apenas el niño ó la niña han salido de la cuna, cuando, como si no hubiera otra cosa que hacer, los padres reconcentran todo su cuidado y ahínco, en cumplirles todos sus gustos y caprichos, recibiendo las hermanas y demás personas de la familia, así como los sirvientes, la precisa consigna de no molestarlos ni contrariarlos por nada y para nada. No contentos

con traerlos abrigados, limpios y aseados, como lo hacian excelentemente las antiguas madres, en lo general más ampliadas al buen gobierno doméstico. que la mayoría de las madres actuales. ponen todo su conato y empeño, en vestirlos á la última moda y de telas costosas, despertando así desde muy temprano en los niños y muy particularmente en las niñas, al gusto por la ostentacion y por la vanidad, cosas que nuestros padres tenían por el contrario el mayor cuidado en reprimir. Se les enseña es verdad, á hacer la señal de la cruz, y se procura que aprendan las primeras oraciones del cristiano; pero como para esto no se les ha de mortificar ni contrariar. los niños llegan por lo regular á los cinco años, edad de la escuela, sin haberlas aprendido bien, y sobre todo sin la más mínima idea acerca de su importancia; porque ocupadas las madres en el propio tocador en que pierden un tiempo bien precioso, ó en trazar y forjar los vestidos agraciados y chuscos que preparan para sus hijos, desdennan el trabajo de tener á éstos á su lado ó sobre sus rodillas todos los dias y por largas horas, haciéndoles repetir con inalterable paciencia el *Padre Nuestro*, el *Ave María*, el *Credo*, los *Mandamientos de Dios y de la Iglesia*: respondiendo discretamente á sus preguntas infantiles sobre lo mismo que les enseñan, valiéndose de símiles ó comparaciones sencillas para que entiendan el sentido de las palabras que se trata de grabar en su memoria; estimulándolos con pequeñas vagatelas para que se apliquen, ó privándolos aunque lloren ó se incomoden, de lo que les gusta, si no aprenden; y aun aplicándoles otros castigos, si se obstinan en no aprender. Faltando habitualmente esta asiduidad para con los niños, es imposible que á la edad de la escuela sepan ya algo de provecho.

En este estado los reciben los preceptores ó preceptoras, quienes, si son personas de seso, que están á la altura de sus deberes, desde luego tratan de suplir con su trabajo y paciencia lo que falta en los niños, y que éstos debian haber ya adquirido con la enseñanza materna. Como no acostumbrados á obedecer en cosa alguna que no sea de su gusto, á las primeras reprobaciones lloran y se molestan: á las segundas y un poco más serias, con la franqueza propia de la edad, y de la falta de respeto á sus mayores, á que se les ha habituado, responden amenazando con avisar á sus padres de lo que pasa: á la tercera, en que el preceptor ó preceptora emplean tal vez algun ligero rigor, la respuesta es, ó venir los padres mismos, si no son personas de fina educacion, á requerir á los maestros con estilo impropio y descompasado por el ligero castigo que han impuesto á sus hijos, ó si son personas de alguna finura, trasladan en silencio sus niños á otra escuela, cuyo director ó directora,

faltando á sus deberes, se propongan sufrirlo todo y no corregir nada con formalidad, á trueque de contar siempre con la proteccion y benevolencia de aquella casa ó familia. Entre tanto, los niños sintiéndose apoyados por sus padres, no son más dóciles en la segunda escuela que en la primera, sino que por el contrario, se muestran cada dia más indispuestos á sufrir la correccion; y así van pasando los tres, cuatro ó cinco años de su instruccion primaria, sin que lleguen á medio perfeccionarse en ninguno de los ramos que aquella comprende. Por su parte los padres, creen ó afectan creer, que con poner á los niños en una escuela, han hecho cuanto debian hacer: no insisten ya por nada en la enseñanza doméstica de la doctrina cristiana, no cuidan de que en su misma casa estudien las lecciones de la escuela, nada inquietan sobre la índole y educacion de los otros niños con quienes los suyos se juntan á jugar ó entretenerse: no les reprenden ni corrigen, cuando los chicos de suyo propensos á igualarse, usan de groserías y llanezas con las personas grandes, especialmente con las visitas: ni tienen preocupacion ni reserva, para no hablar delante de ellos de cosas que los niños debian del todo ignorar: ni vigilan siquiera sobre el trato y familiaridad entre los chicos de diverso sexo, llegando á tanto el descuido acerca de esto, que muchos hasta celebran y aplauden como una gracia de sus hijos, su preferente aficion por ciertas niñas de su misma edad; y bajo este pésimo sistema de educacion, ó más bien dicho, bajo esta falta absoluta de educacion racional y cristiana, los niños crecen, hasta que llega por último la edad, en que unos van como meritorios á las oficinas públicas ó casas de comercio, á cometer torpezas ó *calaveradas*, única cosa para que son aptos; y que muy pronto los ponen en evidencia, hasta merecer que los despidan, para quedarse de *vagos*; y otros pasan á ciertos colegios ó establecimientos de que hemos hablado en la primera parte de esta carta, para consumir en breve por la impiedad y el libertinaje su más espantosa y absoluta ruina en el orden religioso, y muchas veces tambien en el social.

He aquí en breves palabras la historia verdadera y nada exagerada de lo que está pasando en el seno de innumerables familias católicas, en cuanto á la educacion de los hijos, particularmente de los varones, por el olvido casi absoluto de las sábias, cristianas y prudentes reglas que seguian nuestros mayores á este respecto.

¿Y en qué tiempo se presenta y manifiesta este mal, con síntomas más alarmantes? ¿En qué tiempo? Cuando la impiedad hace entre nosotros los mayores esfuerzos para acabar de descatholicar un país, cuya civilizacion se debe exclusivamente al